

## PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

DOMINGO 15 DE SETIEMBRE DE 1872.

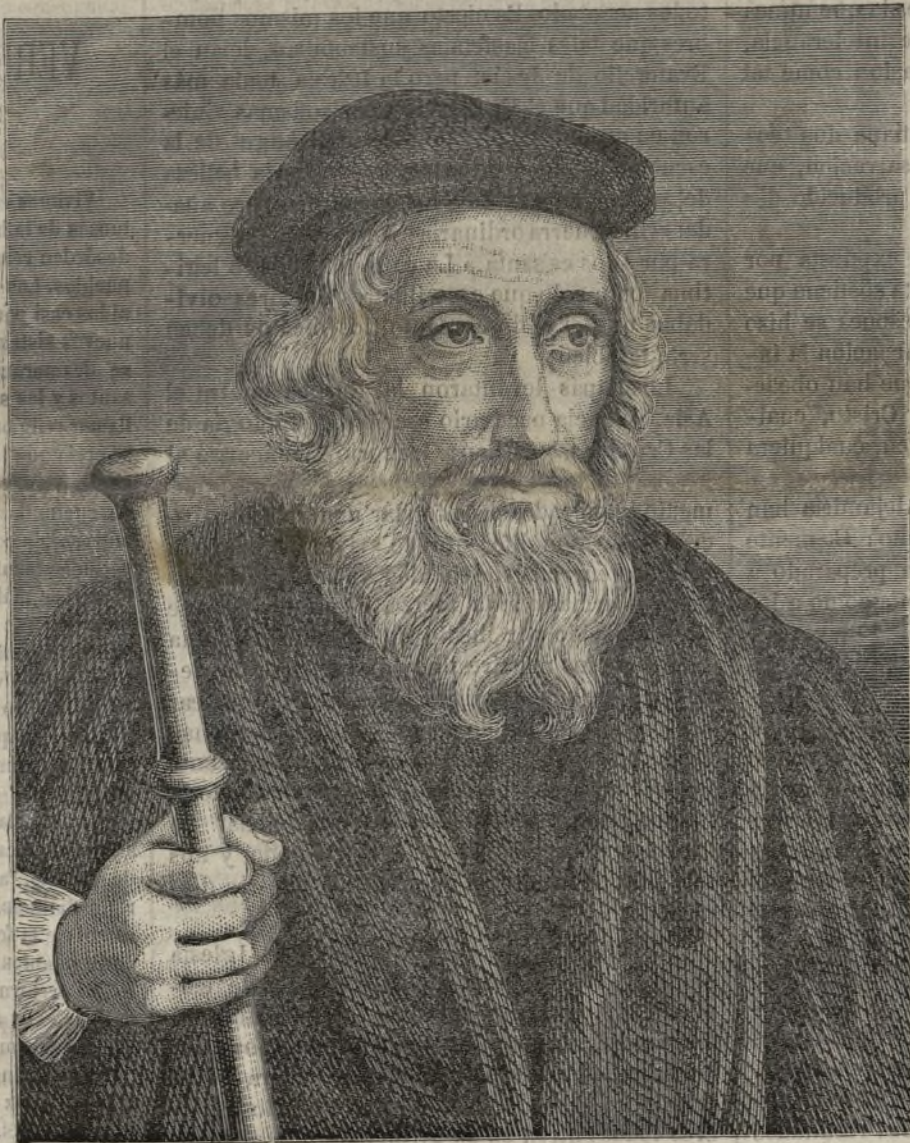
NÚM. 109.

### LA LUZ.

Así como, dado el carácter de nuestra civilización, los pueblos libres necesitan hoy tener costumbres políticas para saber realizar la libertad, así también necesitan tener costumbres religiosas, si podemos emplear esta frase, para hacer efectiva la libertad de conciencia. El 29 de este mes saludaremos con entusiasmo el aniversario de aquel día glorioso por tantos títulos, en que una dinastía absoluta en el fondo y constitucional en la forma, que perseguía rudamente el pensamiento y encadenaba bárbaramente la conciencia, huyó para no volver más a una tierra que hizo desgraciada, pudiendo haberla hecho feliz a tan poca costa.

Cuatro años han pasado de agitación profunda, de pacífica revolución. ¿Hemos ganado mucho en ellos? ¿Empieza a acostumbrarse el pueblo español a ser tolerante, a no imponer su religión a los que no la quieren aceptar? ¿Empieza a comprender que para ser religioso no necesita un pueblo quemar ni acuchillar, insultar ni apedrear a los que no tengan sus mismas creencias? ¿Empiezan a comprender ciertos espíritus débiles y pusilánimes que se puede vivir sin la unidad católica y que esta no ha sido sino una rica fuente de calamidades y de desgracias? Cuatro años nada son, en verdad, para la vida de un pueblo y más donde ha habido trescientos de feroz opresión y de bárbara tiranía religiosa; pero bueno es, sin embargo, tener en cuenta que hoy se vive más aprisa y que diez años hoy representan el progreso de cuarenta ayer.

En Francia, Italia y otros países donde la libertad religiosa tiene más antiguas y más honradas raíces, es cosa corriente que hombres de todas comuniones religiosas ocupen los puestos



JUAN DE WICLEF.

más elevados de la nación. Nadie se admira y todo el mundo lo considera como una cosa sencilla y natural. ¿Cuántos judíos y protestantes en Francia no han ocupado los puestos más altos del gobierno? Y sin embargo, nadie ha gritado ni dicho que la patria estaba en peligro y que era preciso arrojar a bayonetazos de aquel puesto al hereje que le ocupaba. Quisiéramos que sucediera aquí un caso análogo para escuchar la tremenda algazara que los hipócritas y los fanáticos y los que viven a espensas del catolicismo promoverían. ¿Qué cosas no se dirían! ¡A

cuántos resortes indignos no se apelaría para perder en la opinión a aquel que se atrevía a ser ministro o consejero de Estado sin ser católico! Las gentes que aquí se llaman conservadores, hombres por lo general profundamente ateos y escépticos, serían los que gritarían más. Señalarían con el dedo al culpable, y después se esconderían para reírse de su hazaña.

La intolerancia de nuestro pueblo puede dividirse en dos; la intolerancia de las ciudades y la de los campos, y cada una de estas reviste un distinto carácter. En los campos, en las aldeas, en las villas pequeñas, la intolerancia es franca, abierta y enérgica. Proviene de una fe verdadera y por tanto no puede menos de tener estos caracteres. En ellas, al hereje, sea quien sea, si hace actos públicos de su herejía, se le insulta, se le veja, se le apalea por lo menos, y a veces las cosas suelen llegar a mayores si no hay una autoridad compasiva que proteja al desdichado, objeto de las iras del pueblo. En las ciudades hay una intolerancia más fina, más elegante, más ática, si nos es permitida la frase. Se persigue en los salones con amables y encantadores cuchicheos. Las damas señalan al que se distingue por sus ideas estrava-

gantes. Esta frase, sin embargo, es de las más compasivas. Los epigramas llueven sobre el mártir de aquella persecución con guante blanco. No se le expulsa, pero se le recibe friamente y se hace el vacío en torno de él. Ya se ve, como que no da dinero para la Asociación de señoras ni para la Junta de católicos ni para ninguna cofradía.

Pero el espacio nos falta y el tema es bueno. Prometemos continuarlo.



## LA TOLERANCIA DEL PROTESTANTISMO Y LA INTOLERANCIA DEL ROMANISMO.

Conocidas son de toda persona imparcial las tendencias é ideas de las dos Iglesias que actualmente dominan en Europa: la religion romana es una religion intolerante que con dificultad se aviene á que otros cultos se establezcan en los pueblos donde ella está en mayoría, al paso que la religion evangélica permite, por lo ménos, una tolerancia religiosa tan lata que bien puede calificarse con el nombre de libertad de cultos. Lo que no se conoce tanto es el origen de estas dos tendencias tan diametralmente opuestas, y esta es la cuestion que quisiéramos dilucidar en algunos artículos.

Desde luego admitimos que ha habido épocas en las que el protestantismo se ha mostrado intolerante y perseguidor; pero debemos añadir, que cuando así ha procedido la religion evangélica, ha sido inconsecuente con sus principios, y que al fin ha triunfado de sus inconsecuencias. La religion romana es la que nunca ha renegado de sus principios de intolerancia, ni nada ha hecho en ninguna ocasion como tal Iglesia para modificarlos.

Existen en la antigüedad cristiana dos teorías acerca del privilegio de la salvacion, que acentuándose poco á poco, han producido dos escuelas diferentes.

Una de esas teorías ha sido expuesta por Justino, mártir. El gran apologista sostiene que el Verbo eterno de Dios que despues se hizo hombre, iluminó antes de su encarnacion la inteligencia del hombre. Aquellos que han obedecido al espíritu de Cristo son de Cristo, cualquiera que sea el nombre que lleven, cualquiera que sean sus ideas.

Los padres de la escuela de Alejandria han llevado más lejos aún ese principio: Clemente de Alejandria afirma que Dios ha preparado á los paganos por medio de la filosofia como á los judíos por el Antiguo Testamento.

La segunda teoría cuenta por sus defensores Ireneo, Tertuliano y Cipriano. Segun el segundo de estos padres, toda filosofia que no es cristiana es obra de los demonios, y Cipriano ha insistido sobre este punto: «Quien no tiene á la Iglesia por madre, no tiene á Dios por Padre.» Esto puede ser verdad, si se dá á la palabra Iglesia su verdadero significado. Si por Iglesia se entiende el conjunto de todos aquellos que creen en Jesucristo, sean cuales fuesen sus opiniones acerca de los puntos secundarios, es evidente que los que no forman parte de esta Iglesia no tienen á Dios por Padre, porque Dios es Padre únicamente de los que creen en Jesús. Pero si por Iglesia se entiende una Iglesia determinada, la teoría es falsa, y sus resultados tienen por necesidad que ser funestos.

La primera de esas teorías la ha aceptado el protestantismo, y sostiene en consecuencia que en todas las Iglesias puede obtenerse la salvacion si se cree verdaderamente en Cristo.

La Iglesia de Roma ha hecho suya la segunda teoría y dice: «La Iglesia romana sola es la verdad absoluta, y fuera de ella no hay salvacion posible.» La deduccion es lógica.

Veamos ahora el desenvolvimiento en la historia de estos dos principios. Desde que Roma lograra imponerse en el Occidente, toda guerra hecha á los pueblos infieles, toda violencia hecha á la conciencia para obligar á los hombres á entrar, no fuera más que esteriormente, en el

seno de la Iglesia, ha sido aprobado por ella. ¡Como se trataba de salvar el alma importaba poco que se destruyera el cuerpo! Roma aprobó la guerra cruel hecha por Carlomagno á los sajones para forzarlos á que se bautizaran; Roma aprobó y aun levantó en armas á la Europa entera contra los mahometanos.

Los doctores más ilustres de Roma, los que bajo otros puntos de vista son acreedores á nuestra admiracion y respeto, arrastrados por la lógica del principio, defendieron las guerras religiosas hechas á los paganos. «Los caballeros de Cristo, dice San Bernardo, pueden con toda seguridad combatir á los infieles, porque combaten por Dios. Dar la muerte ó recibirla no es en ellos un pecado, sino una accion gloriosa. Ellos son los ministros de Dios para ejercer sus venganzas; la muerte que dan es de provecho para Cristo; *el Hijo de Dios gusta de recibir la sangre de sus enemigos; El es glorificado en la muerte de sus enemigos.*»

Estas monstruosidades se escribían en la Edad Media, y los Papas las aprobaban porque eran la deduccion rigurosa de un principio por todos aceptado. Es cierto que los mismos hombres que tales blasfemias sustentaban, leían el Evangelio de Jesús; pero la Iglesia tenía más autoridad que el Evangelio y los sofismas vinieron en auxilio de los doctores. El ángel de la escuela, Tomás de Aquino, reconoce la belleza del perdon concedido á los enemigos; pero añade: «Una guerra ordinaria es un pecado, la guerra por Dios es santa.» La causa de Dios lo legitima todo; solo que esos ilustres doctores olvidaban que si el fin es santo, los medios deben serlo tambien.

Los Papas levantaron la Europa contra el Asia. Se hacia necesario escribir la apología de las Cruzadas, y el Papa Gregorio X encargó al general de los dominicos que la escribiera. «Los medios empleados para fundar una religion, escribió este, son diferentes de los que se emplean para sostenerla. La debilidad no se sirve de las mismas armas que la fuerza. El cristianismo se ha establecido por medio de los milagros y la sangre de los mártires; hoy que se trata de defenderlo de sus enemigos, es necesario emplear la espada, en caso de necesidad. La Iglesia naciente era débil y por eso ha debido ceder ante la violencia; pero cuando Dios le ha dado la fuerza, ¿por qué no se ha de servir de ella? No hacemos milagros; pero tenemos el poder y nos servimos de las armas que están á nuestra disposicion.»

La confesion es esplicita. Cuando la Iglesia sea débil cederá; mas cuando sea fuerte empleará la fuerza. Soportará á los disidentes no por virtud, sino por impotencia: los siglos no le harán cambiar de sistema. Como fuera de la Iglesia no hay salvacion, procura que los hombres todos entren en su giron para que algunos obtengan la vida eterna. ¿Y qué importa en vista de este fin superior que perezcan algunos millares de criaturas?

La consecuencia del absurdo sistema que venimos examinando, es la intolerancia erigida en regla. Perrone, una de las lumbreras del catolicismo moderno, sostiene que la tolerancia religiosa es impía y absurda, y que la Iglesia debe acabar con ella donde quiera que domine; porque protestar contra la Iglesia es protestar contra Dios. Esto en teoría.

Pero las teorías se traducen en hechos, y los hechos han sido 34.668 personas quemadas por la Inquisicion española, y 288.290 enviadas á las galeras y presidios, sin contar 18.099 que-

madas en efígie. En Venecia los disidentes eran ahogados, y en Francia dos siglos y medio de persecuciones inauditas, prueban de lo que es capaz la Iglesia romana cuando ella es todopoderosa en una nacion.

A estas cifras aterradoras contestan los secuaces de Roma, que no ha sido ella la que ha derramado la sangre, sino el Estado; pero como los Estados no hacian más que ejecutar las órdenes de Roma, y esta los hubiera condenado á la destruccion, si no la hubieran defendido con las armas, resulta que la excusa tiene tanto valor como la que alegaria el asesino que dijera que no él, sino el puñal que su mano blanda habia causado el homicidio.

Desengañémonos; Roma es intolerante, tiene que serlo necesariamente para ser consecuente con ella misma, y si en nuestro siglo se la vé con el arma al brazo sin servirse de ella, es porque su poder ha desaparecido; devolvédsele y la vereis ser de nuevo lo que siempre fué.

(Se continuará).

## VERDADERO FUNDAMENTO

DE LA ACTIVIDAD CRISTIANA.

Vivimos en una de las épocas más agitadas y tumultuosas de la historia humana. La duda, la confusion y el desórden reinan, si no en todos, en la mayoría de los pueblos. Las viejas ideas mueren; teorías y sistemas tenidos casi por infalibles, desaparecen para dar lugar á nuevos sistemas y nuevas teorías; los antiguos altares se desmoronan, y entre sus escombros agonizan los santos y las santas de ese paganismo que se ha dado en llamar religion católica; la guerra, ese monstruo á quien se creía que la civilizacion habia ya dado muerte, resucita con nuevo furor y lanza á los campos de batalla, en vez de millares de hombres, como antes, centenas de millares de combatientes: las revoluciones se suceden periódicamente en todas las naciones, y se aclama hoy lo que se maldecía ayer, y se restaura un día aquello contra lo que se combatía otro; en fin, el desasosiego y la incertidumbre son el patrimonio de nuestra época. ¿A dónde volver los ojos para encontrar el sosiego y la calma que no hallamos en la agitada sociedad que nos rodea? ¿En qué brazos hemos de arrojarlos para encontrar el amor que los hombres se niegan unos á otros?

La actividad humana realiza en nuestros dias empresas verdaderamente gigantescas. Horada las montañas de granito, abre túneles de longitud extraordinaria, rompe istmos, enlaza los mares, suprime la distancia y establece la fraternidad de las ideas y de los productos entre pueblos y pueblos que ayer apenas se conocían. Nuevas reformas políticas se piden á grito herido en todas partes, y al mismo tiempo, ¡oh fenómeno singular! naciones formalmente cristianas piden al Santo Espíritu que tenga lugar en todos los países una regeneracion moral. La paz y la tranquilidad del alma sólo se encuentran en Jesús. Si la actividad humana se despierta hoy más que nunca en todos sentidos y en todas direcciones, ¿no ha de estimularse la nuestra para trabajar moral y materialmente todo lo más que nos sea posible por la causa de Cristo? Pero hay que evitar el caer en un error. Si el único móvil de nuestra actividad no fuera más que la mera imitacion de la actividad empleada en las cosas de la vida, nuestro celo seria reprochable porque no estaria basado en la union con Dios por medio de Jesucristo: no haríamos, para emplear la discreta frase de un escritor evangélico, más que querer *agradar á Dios en la carne.*

Y sin embargo, á pesar de todas las escuelas que se levantan contra Dios y especialmente contra Jesucristo, hay motivos fundados para creer que el Espíritu de Dios vivifica la tierra. Si la actividad material é intelectual es grande, la actividad religiosa que se observa no lo es ménos. Hoy se establecen misiones en España: nuevos



y generosos misioneros parten, por iniciativa de los Comités de Europa y América, á llevar el nombre de Jesús y la civilización á los países más remotos y más bárbaros. Corazones que nunca han pensado en el Señor se vuelven á Él y emplean en su servicio su actividad, su trabajo y su fortuna. La Iglesia de Dios vivo se siente como reanimada y regenerada; el soplo abrasador del Santo Espíritu ha llegado hasta ella, y ella se siente ya con nuevos bríos y con nuevas fuerzas. ¿Y qué debe hacer cada uno para que la actividad personal se duplique y la obra de Dios crezca y prospere más cada día? Para esto cada cristiano debe ser corroborado con potencia en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en nuestros corazones, para que arraigados y fundados en amor podamos bien comprender con todos los santos cuál sea la anchura, y la largura, y la profundidad, y la altura, y conocer el amor de Cristo que excede á todo conocimiento, para que seáis llenos de toda plenitud de Dios. (Ef. iii, 16, 19.) Siempre, pero más que nunca hoy, si queremos trabajar como se trabaja en todas las demás esferas de la vida, es preciso que pongamos los ojos en Jesús, fuente de toda renovación y de toda transformación.

Hoy se pelea, se lucha y se trabaja; ¿pero quién tiene seguridad en nada? El logro del objeto que hemos perseguido durante mucho tiempo con los más crueles afanes, ¿nos proporciona acaso la paz y la tranquilidad? ¿Dónde hay ser, esperanza realizada, objeto conseguido que pueda ofrecernos el dulce reposo y la tranquila seguridad que nos ofrecen estas palabras: «El que á su propio Hijo no perdonó, antes bien le entregó por todos nosotros, cómo no nos dará también con Él todas las cosas?» En la hora de la muerte, sobre todo, es cuando se comprende profundamente, y entonces es ya quizá demasiado tarde; que solo se puede confiar en las grandes verdades y en las grandes promesas del Hijo de Dios resucitado. «Cristo Jesús vino al mundo para salvar á los pecadores, de los cuales yo soy el primero.» ¿Estas frases no reaniman el alma, no vivifican el corazón, no dan la vida al pecador que nada espera de sí mismo y que lo espera todo de los méritos del buen Salvador?

La vida tiene tres edades y el tiempo tiene tres términos. En estos tres términos del tiempo y en estas tres edades de la vida, ¿puede el hombre, vuelva á donde quiera los ojos, hallar otra cosa que lucha, afán, tormentos, guerra? La niñez con sus juegos, la juventud con sus sueños, la vejez con sus extravagancias, ¿encuentran sosiego en alguna parte? Y en cuanto al tiempo, si pensamos en el pasado, ¿quién nos responde de que nuestros pecados han sido perdonados y nos dá la seguridad de este perdón más que Jesús? En cuanto al día de hoy, ¿quién calma nuestras angustias, recoge nuestras lágrimas y llora con nosotros más que Jesús, si nos dirigimos á Él con fe y con amor? Y en cuanto al porvenir, ¿quién nos responde como Él nos responde de que nuestras esperanzas de días mejores no saldrán fallidas?

Conozco, dice un cristiano, que nada puede alcanzarme bien alguno mas que el contacto directo con la viva persona del Señor Jesús. El volver los ojos á sistemas ó credos, doctrinas ó obligaciones religiosas, puede estar muy en su lugar; mas si yo he de ser un cristiano verdadero debo mirar fija y confiadamente al Pontífice que se revistió de nuestra naturaleza para llevar en sí nuestro pecado y ganar nuestra confianza. Cuando por medio de la fe podemos fijar una mirada firme en Jesús, ¡oh cuán poco nos ocupamos de la sonrisa ó del desprecio del mundo! El poner los ojos en Jesús dá poder «al gusano de Jacob para trillar montes y molerlos y tomar collados en tamo.» (Isaías, xl, 15.) Pero á veces me siento ante la debilidad de las fuerzas humanas incapaz de mirar por mí mismo, aunque jamás hice nada de mí mismo para sentirme feliz. No, todo cabe en mí Redentor y solo poniendo los ojos en el que es toda mi salvación me siento satisfecho y pienso que podría presentarme ante la muerte con tranquilidad.

Efectivamente, los que encuentren la paz en Jesús, pueden desafiar tranquilamente á la muerte. Ella no hace más que unirlos más con Dios.

## UNA VISITA DE SAN PABLO

Á LA HERÓICA VILLA DE MADRID.

Todo Madrid estaba en movimiento en la mañana del 4 de Setiembre de 18... A decir verdad, la cosa no era para menos; el gran apóstol Pablo iba á llegar á la capital de España, enviado por Dios para visitar las iglesias cristianas de la coronada villa. Desde la víspera cruzaban por calles y plazas, cardenales, obispos, canónigos y presbíteros, que de todas las poblaciones de la Península habían afluído á la capital con objeto de recibir á San Pablo. En todas partes se formaban corrillos, y en todos no se hablaba más que del gran acontecimiento.

¿Qué triunfo para nuestra Iglesia! decían unos.

¿Cómo se van á quedar los protestantes! decían otros.

¿Quién sabe, añadía un tercero, si el apóstol condenará sus doctrinas? Ellos aseguran que están de enhorabuena.

¡Calle Vd., hombre, y no diga tonterías! Nuestra Iglesia no ha variado desde su fundación, y así lo dirá el apóstol cuando vea sus ceremonias y se informe de lo que enseña en nuestro siglo. Ahora veremos si los protestantes se atreven á citar á Pablo y á sus otros colegas en el apostolado, en presencia del mismo que dirigió una de sus Epístolas á los Romanos.

Yo lo que sé, decía en voz baja una persona de modales distinguidos, es que un obispo amigo mío no las tiene todas consigo. Segun él se han hecho en la Iglesia algunas innovaciones que el apóstol no aprobará.

Mientras que así se hablaba, como no hay plazo que no se cumpla, llegó la hora designada para la venida de Pablo, y con efecto, el apóstol se presentó ante las miradas de millares de personas, envuelto en una ligera nube que se desvaneció tan luego como el gran propagador de la fe hubo tocado la tierra con sus pies. Inmediatamente los sacerdotes se pusieron de rodillas y todo el pueblo arrastrado por el ejemplo de sus conductores espirituales, se inclinó con respeto ante el enviado de Dios. Solo un buen anciano de rostro venerable y un joven que le acompañaba, permanecieron de pie al lado de unos obispos que casi tocaban la tierra con sus frentes. No faltó quien observara la actitud de aquellos dos atrevidos, y comunicara con sus gritos la noticia á los demás fieles, porque millares de voces indignadas se levantaron gritando: ¡De rodillas, herejes! ¡Que los lleven á la cárcel! ¡Que maten á esos miserables que así insultan al santo apóstol! Mal lo hubieran pasado aquellos dos infelices si Pablo con voz potente no hubiera dicho: ¿Qué haceis, varones hermanos? ¿Por qué os postrais así en señal de adoración? ¿No sabéis que en Listra lleno de santa indignación desgarré mis ropas al ver que todo un pueblo entusiasmado quería tributarle honores divinos? ¿Habeis olvidado que mi colega el apóstol Pedro dijo á Cornelio el centurion que se derribó á sus pies para adorarle: «Levántate, yo mismo tambien soy hombre?» ¿No recordais aquellas palabras que el ángel dirigió al apóstol Juan cuando este se echó á sus pies? «Mira que no lo hagas; yo soy siervo contigo, y con tus hermanos que tienen el testimonio de Jesús.» (Hechos, cap. xiv, vers. x, y Apocalipsis xix.) ¿Qué importa que estos hombres contra quienes os levantaiis permanezcan de pie, con tal que sus corazones sean de Cristo? Lo necesario para la salvación no es arrodillarse, sino creer en el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Esto dijo el apóstol. Al escuchar sus palabras todos se levantaron; pero bien se dejaba ver en los semblantes de los eclesiásticos el mal humor que les había producido la reprimenda de Pablo delante de aquella muchedumbre que los rodeaba.

Pero como todo se olvida en este mundo, pronto olvidaron los sacerdotes este pequeño contratiempo, y solo se ocuparon de darse á conocer al apóstol. El que para esto tomó la palabra fué el arzobispo de Toledo: «Permitidme, bienaventurado Pablo, que os presente á algunos de mis compañeros en el ministerio, y despues, si gustais, pasaremos á visitar la iglesia de San L. donde hemos preparado una solemne función en vuestro ho-

nor. Empezaré por deciros que yo soy principe de la Iglesia y primado de las Españas, como arzobispo que soy de la diócesis de Toledo.»

¡Príncipe de la Iglesia! ¿Qué queréis decir? preguntó Pablo.

«Digo que soy cardenal, y que en mí no manda nadie más que nuestro Santo Padre Pio IX que Dios guarde.»

Al oír estas palabras, el rostro del apóstol espresó un asombro que tenia mucho de santa indignación. Contúvose sin embargo, cuanto le fué posible, y se limitó á decir con voz solemne: «Nuestro Señor Jesucristo ha dicho: «No llameis á nadie en la tierra vuestro padre: porque uno es vuestro Padre, el cual está en los cielos.» (Evangelio de San Mateo, cap. xxiii, vers. 9.) «Él solo es santo, los hombres todos son pecadores.» Y decidme, prosiguió el apóstol: ¿Quién es Pio IX?

—«Pues es, añadió el arzobispo con voz segura, el representante de Cristo en la tierra, el rey de la Iglesia, el sucesor del bienaventurado Pedro, el pontífice infalible de la cristiandad, el que tiene las llaves del cielo, y cuando abre nadie cierra, y cuando cierra nadie abre.

—Basta de blasfemias, gritó el apóstol Pablo. ¿En qué escuela habeis aprendido esas monstruosidades? De seguro que no ha sido en la escuela de Cristo. ¿No habeis leído en mi Epístola á los Efesios cap. v, vers. 23, que Cristo es la cabeza de la Iglesia? ¿No he escrito lo mismo en el cap. i, vers. 18? ¿No ha escrito Juan en el Apocalipsis que Cristo es el que abre y ninguno cierra; y cierra y ninguno abre? Y en cuanto á la infalibilidad, ¿cómo puede ser infalible un hombre pecador como nosotros? Dios solo es infalible, Dios es el solo que no puede engañarse ni engañarnos.

—Pero señor, tartamudeó el arzobispo, la tradición de la Iglesia que tiene tanta autoridad como la Palabra de Dios, asegura que Pedro estuvo en Roma 25 años, y que sus sucesores en la silla pontificia gozan de los mismos privilegios que él.

—¿Pero qué es lo que estoy oyendo, interrumpió el apóstol? ¿Es posible que un ministro de Cristo afirme que la tradición tiene tanta autoridad como la Palabra de Dios? ¿De qué espíritu estais animados vosotros los que pretendéis enseñar á los demás? ¿Cómo os atreveis á sostener semejantes proposiciones en presencia de estas severas palabras de Cristo: «Por qué traspasais el mandamiento de Dios por vuestra tradición? ... Habeis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición...» «Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: Este pueblo de su boca se acerca á mí y de labios me honra; mas su corazón lejos está de mí. Mas en vano me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres.» (Evangelio de San Mateo, cap. xv, vers. 3, 6, 7, 8, 9.) ¿Tampoco habeis leído en mi Epístola á los Gálatas, cap. i, vers. 8 y 9, estas palabras que les dirigí inspirado por el Espíritu de Dios: «Mas aun si nosotros, ó un ángel del cielo os anunciase otro Evangelio del que os hemos anunciado, sea anatema?» Como antes hemos dicho, tambien ahora decimos otra vez: «Si alguno os anunciase otro Evangelio del que habeis recibido, sea anatema.» ¿No os parecen categóricas mis palabras? La Palabra de Dios sola, las Santas Escrituras son la regla soberana en materia de creencias cristianas. Todo lo que está conforme con ellas es bueno; y todo lo que á ellas se opone, venga de donde viniere, está herido de muerte por el Espíritu Santo. Por ellas sabeis que Pedro ha estado en Jerusalem, Babilonia y otras ciudades; mas nunca ha sido obispo de Roma ni ha tenido primacía sobre los demás apóstoles. Pedro ha sido un anciano en la Iglesia de Dios, en un todo igual á los otros ancianos sus colegas, como muy claramente lo ha dicho Él mismo en su primera Epístola universal, cap. v, vers. 1. Y en mis Epístolas á los Efesios, cap. iv, vers. 11, y en mi primera á los Corintios, capítulo xii, vers. 28, ¿no he enumerado todos los cargos que pueden ejercerse en la Iglesia? He hablado de apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y doctores: ¿pero dónde he dicho una palabra del Pontífice que debe regir los destinos del mundo cristiano? Pedro no ha tenido más poder que los demás apóstoles, y los llamados sus sucesores han usurpado una autoridad que no les pertenece. Pero vamos á la iglesia, que mucho me temo en vista de lo que aquí pasa, que hayais desfigurado por completo la religion de mi Divino Maestro.



Nadie se atrevió á replicar al apóstol, y la comitiva se dirigió á la iglesia de San L.

(Se continuará.)

## EL EVANGELIO DE SAN JUAN.

### III.

Hemos dicho que no hay religion positiva posible si no se apoya en los dos elementos, el dogma y el misticismo. Aquellos que aman más este, no pueden dispensarse de buscar, como base para él, dogmas que estén en consonancia con él y con su propia razón. Al que se detuviera entre las delicias espirituales de un misticismo santo y respetable, podría compararsele con aquel viajero que perdido en el invierno entre las nieves del monte de San Bernardo, se entregase á ese dulce sopor que es un cierto y seguro mensajero de la muerte.

El espíritu humano no solo tiene necesidad de sentir, sino que la tiene también de reunir datos, de ordenarlos, de reflexionar sobre ellos, de sistematizar, en fin. El medio de evitar una serie de dogmas malos y defectuosos, no es pasarse sin ellos, sino buscar los únicos verdaderos y santos, que son los dictados por Jesucristo, y San Juan nos ha manifestado la manera de hallarlos. El único camino para obtener una buena dogmática es limitarse á sistematizar los datos diversos suministrados por la vida cristiana. De ellos debemos sacar todos los materiales para nuestras especulaciones espirituales, no traspasando nunca ciertos límites.

El cuarto Evangelio tiene todavía sobre todas las ventajas que hemos indicado, otras tan notables como las anteriores. Multitud de escenas brotan por todas partes. El estudio de la psicología, de las ciencias naturales y de la historia, han hecho que los hombres vayan á buscar en otras partes que en el Evangelio ideas sobre Dios y sobre la naturaleza. Las verdades bíblicas les han parecido á estos sabios demasiado sencillas y rudimentarias; no las creían bastantes para satisfacer la sed de sus inteligencias, y han ido á beber en otras fuentes aguas que no han encontrado y que hubieran hallado en la Palabra de Dios, á poco que hubieran ahondado en ella. De esta ansiedad de muchos espíritus é inteligencias, á quienes no negamos la buena fe de que están animados, se debe el nacimiento de tantas escuelas como hoy llenan el vasto campo de la filosofía, el racionalismo, el panteísmo y el materialismo; y entiéndase que al hablar de este último, nos referimos al materialismo científico y no á ese positivismo procaz, insolente y grosero que ha invadido nuestros hogares y nuestras costumbres. La cuestión concreta es esta: ¿de qué suerte y por qué caminos volveríamos al Evangelio á esos hombres que se han separado de él por creer que en él no hallarían con qué satisfacer todas las necesidades de su inteligencia? Y sucede una cosa singular; la mayoría de estos hombres, ilustres muchos de ellos, niegan la eficacia de la Biblia en cuanto se refiere al pensamiento, y sin embargo se atienen al Evangelio para las necesidades de su corazón. ¿Cómo se restablecerá la armonía? ¿De qué manera podrán volverse aquellas ovejas perdidas al aprisco del Buen Pastor? Hé aquí el modo. «Estamos, dice un escritor cristiano, en presencia de un hombre que ha visto y oído todo aquello de que habla y que nos invita á verlo y oírlo á nuestra vez. Y aquel á quien ha visto no es un Dios lejano, sino el mismo Dios hombre, esa palabra que es vida y luz y que solo ansía venir á morar en el corazón de los suyos. Me parece difícil que aquel que se recoge en sí mismo durante algunos instantes y se aparta de los ruidos del mundo, escuchando en estos preciosos momentos la vibración de las cuerdas más sensibles de su alma, pueda resistir impasible al desenlace que se realiza en el cuarto Evangelio. Al sonido de aquellas melancólicas palabras: «él ha venido entre los suyos y los suyos no le recibieron», ¿quién es el hombre que no olvida á los judíos para sentir en el mismo momento que de él mismo es más bien de lo que se trata y de sus propios intereses espirituales? Nosotros observamos esas tinieblas que nos envuelven en ocasiones y esa luz que de tiempo en tiempo vemos

brillar en el fondo de una oscura noche en las horas del recogimiento y del dolor. ¿De dónde provienen esas dos naturalezas que sucesivamente nos solicitan? ¿Cómo se explica que yo haga el mal cuando yo no quiero y que caiga cuando trato de hacer el bien que amo? Aquí comienza el misterio que un velo impenetrable oculta.

Edipo se ve despiadadamente perseguido por la suerte; su conciencia le impide maldecir á los dioses, y por otra parte no recuerda haber cometido contra ellos crimen alguno que merezca sus anatemas. ¿Qué habrá de hacer? Como el hado le persigue, se entrega á una resignación y á una inmovilidad absolutas, puesto que él no puede cambiar los decretos de los dioses. ¿Haremos lo mismo nosotros? ¿Nos entregaremos á esa especie de fatalismo oriental, abrumador y ciego que cree estar siempre pesando sobre el hombre la mano de Dios, sin que este vislumbre allá á lo lejos un rayo lejano de esperanza? Ese fatalismo ya no es de nuestros días; ese era un narcótico, útil solo en los días del mundo antiguo en que el verdadero Libertador no había aparecido aún á las naciones. Censuramos á los judíos porque no han creído el Él, y sentimos en nuestro corazón, que el Unigénito de Dios tiene por sí solo bastantes títulos para ser reconocido por la humanidad. La doctrina que anuncia conmueve y cautiva. «Si alguno, ha dicho Él mismo, quiere hacer su voluntad, conocerá en cuanto á mi doctrina si ella proviene de Dios ó si yo hablo de mí mismo.» En ocasiones se dirige Él mismo al pecador á quien quisiera estrechar contra su seno y pronuncia aquellas palabras llenas de dulzura y melancolía: «Vosotros no queréis venir á mí.»

Pero el drama avanza y mil escenas variadas se suceden. A veces los judíos se sienten atraídos por aquel hombre admirable; se acercan á Él y luego se separan con la misma presteza con que se unieron, como nosotros que por una vez que nos unimos á Dios, cien nos separamos. Tan pronto le quieren hacer rey como crucificarle. Cansados de estas alternativas se dirigen francamente al Señor en otro momento, y le preguntan: «¿Por qué nos tienes en suspenso? Si eres tú el Cristo, dinoslo de una vez;» y resisten después á cuantas pruebas les da de que lo es. Todos sus milagros, el de la curación del ciego de nacimiento, el de la resurrección de Lázaro; en vez de unirles con Jesús, les separa de Él más y más. ¿Qué diferencia hay, dice Pascal, entre conocer á Dios y amarle? Evidentemente la adhesión proviene más que de raciocinios y argumentos, de la simpatía ó antipatía que despierta la doctrina ó la persona que la predica.

El vacío se ha hecho en torno del Hombre-Dios. Los sacerdotes, los poderosos y los grandes le odian y le persiguen; á su lado no hay más que algunos hombres, los últimos en la escala social y unas cuantas mujeres. Él no se desanima; prosigue su obra con el mismo ardor y entusiasmo con que la comenzó. A los pocos que le siguen, les cuenta en un momento de dulce expansión que Él va á morir; la tempestad que descargará sobre los suyos inmediatamente que Él muera y cómo la muerte debe ser para Él la señal del triunfo y el principio del cielo. Pero cuando llega la hora tremenda á nadie encuentra á su lado; el uno le vende, el otro le desconoce, todos le abandonan. Solo algunas mujeres van á pagarle al pie de la cruz el último tributo de sus simpatías y amor. Al fin muere, pero de un modo que sorprende hasta á sus mismos amigos. El héroe escapa, dice un escritor, á los lazos de la muerte, sobre los cuales Él les ha prometido la victoria; por la primera vez la conciencia humana se encuentra satisfecha por el triunfo completo de la justicia y de la inocencia.

El relato de esta historia trágica está repitiéndose todos los días. Caen sobre el corazón de cada generación como una gota amarga de hiel, y cada día arranca nuevas lágrimas y despierta nuevos dolores. Y así seguirá sucediendo mientras haya hombres y haya universo.

Tal es, en resumen, el Evangelio de San Juan.

Ninguna porción de los Santos Libros, ha dicho con razón un cristiano eminente, hace resaltar mejor que este Evangelio el lado trágico de la vida humana en presencia del cristianismo. Sin tratar de establecer comparación entre las diferentes partes de la Palabra de Dios, puesto que todas ellas son igualmente inspiradas, hay algo en el Evangelio de San Juan de fuerte y vigoroso que no se encuentra en los otros tres. El sentimiento

predomina en él sin caer jamás, aun en medio de sus rasgos de más tierna efusión, en un sentimentalismo ridículo y exagerado. En suma, en él aparecen unidas la energía más vigorosa con el sentimiento más delicado.

## ¿DEBEMOS TEMER AL RACIONALISMO?

Hay un temor, en los que creen débilmente; el de si podrá resistir el cristianismo al empuje de las ideas racionalistas que lo invaden todo. El hecho es cierto, pero el temor es infundado. La marea es indudable que va subiendo; pero la marea lo más que puede hacer es cubrir la roca, pero nunca descuajarla.

A la verdad que el aluvion parece grande. Los árboles son arrancados, las tierras invadidas, la campiña anegada. El racionalismo ha invadido todas las ciencias, y no pocas conciencias, y parece como si no hubiera dique que oponer á este asolador torrente. El racionalismo alemán ha ganado á muchos, y hoy dice es el pan de muchas, muchísimas almas. Los cursos de los libre-pensadores de París son bien conocidos. De nuestras Universidades no salen hace algun tiempo más que racionalistas, porque son racionalistas los profesores, sobre todo en la de Madrid. La medicina y las ciencias físicas y naturales no quieren ver en todas partes, por boca de sus más ilustres profesores, mas que hechos y fuerza y materia. El racionalismo ha llamado también en su audacia hasta las mismas puertas de la religion, y ha establecido esa division de pastores liberales y pastores ortodoxos que se conoce en Francia y en Suiza, de los que los segundos proclaman á Jesucristo como Hijo de Dios y los primeros como un hombre, que sin ser Dios, tenía más de Dios que otro hombre cualquiera. La situación es esta. Estamos circunvalados de racionalismo. Krauss es hoy más que un pontífice, y á Voltaire se le llama el rey Voltaire. ¿Debemos temer por nuestras creencias? Esos ataques tan furiosos de tantos y tan distinguidos ¿por qué negarlo? racionalistas, deístas, panteístas, materialistas, á toda religion revelada, ¿concluirán por echarla en tierra? La infame de Voltaire, ¿sigue siendo solamente el catolicismo, ó lo es ya toda religion positiva?

Imposible es negar que el actual momento histórico es grave, serio, definitivo quizá; imposible es negar que la trasformación religiosa que hoy tiene lugar, parece afectar, aunque no afecta, á las bases fundamentales de la doctrina de Cristo. Los que, por un exceso de celo, no quieran ver en los racionalistas modernos mas que hipócritas que se dejan arrastrar por la moda de las ideas, se equivocan. Podrá haber algunos; ¿en qué sistema de ideas no los hay? pero los generales son hombres que buscan con noble ardor y desinterés la verdad. Catedráticos, médicos, abogados, hombres de Parlamento, sabios, proclaman que toda revelación ha sido falsa y es innecesaria, porque el hombre lleva en sí mismo la razón, que es la revelación permanente de Dios en la humanidad, y el movimiento de esta escuela numerosísima responde á una necesidad sentida hoy con más fuerza que nunca. La humanidad, ya mayor de edad, aspira á la verdad y hace todos los sacrificios posibles por obtenerla.

Cuando se interroga con tan muda ansiedad la ciencia y se la pregunta con dolor silencioso si tiene algo con que calmar la fiebre de verdad y de claridad que nos devora; cuando se pasan verdaderos momentos de alegría al anuncio del descubrimiento de una nueva verdad científica que calma algun dolor, ó que resuelve algun oscuro problema; cuando se interroga la conciencia pliegue por pliegue y se la dice: «habla;» cuando se hojea la Biblia y se consulta á Dios, y á la una se la dice: «calma mis ansias» y al otro, «¿dónde está la verdad?» ¿permanecerá Dios callado, la Biblia muda y la conciencia silenciosa?

El cristianismo quedará siempre. Ha resistido diez y nueve siglos de combates: ha resistido á Spinoza y Voltaire, dos reyes del pensamiento, y resistirá á todos los que se levanten aun contra él. Lo que estos ataques harán será espiritualizarle más y más: hacerle parecerse más á aquel que le fundó: depurarle, en fin, absolutamente de todo aquello que los hombres le han añ-



dido. La regeneración individual es, ha sido y será siempre el único fundamento de toda regeneración social. ¿Cómo podrá la sociedad ser buena si el hombre es malo? Y esta regeneración individual en ninguna parte se halla como en el cristianismo. Ningún hombre, por sabio é ilustre que sea, podrá hallar jamás para la humanidad otro medio de salvación que la fe personal en Jesucristo Hijo de Dios, muerto por nuestros pecados y resucitado para su gloria. Esto es lo eterno, esto lo fundamental, lo que no desaparecerá, y ¡ay del hombre si fuera posible que esto desapareciera!

Pero si bien esto subsistirá, no sucederá lo mismo con la sistematización de las ideas cristianas. Cada siglo tiene su método, su sistema especial, la interpretación varía según los tiempos; y tanto es así, que ideas teológicas de Calvino y aun de Lutero tenidas ayer por incontrovertibles, son rechazadas hoy por cristianos eminentes. Porque hay que tener en cuenta una cosa, y es que la Palabra de Dios reducida á método y á sistema para la mejor comprensión de los hombres que no tienen otro medio de conocer que la inteligencia, ha venido á constituir una ciencia, la ciencia teológica; y ésta, prescindiendo de sus bases fundamentales, está sujeta á la influencia de los tiempos, á los cambios de apreciación y á las mudanzas de las ideas. Los dogmas fundamentales no cambiarán, pero la interpretación científica y teológica de muchos pasajes de la Palabra de Dios será diferente. No habrá nunca más que un modo de salvarse; no habrá jamás más que un modo de vivir cristianamente; pero habrá distintas maneras de apreciar algunas verdades bíblicas. Hoy mismo, ¿no sucede? ¿la historia de la Iglesia está llena de otra cosa? Los mismos cismas, cuando no se separan de la base de la doctrina, ¿qué son sino apreciaciones diferentes de las ideas de la generalidad de una Iglesia? las fórmulas científicas para conocer y apreciar una verdad cristiana pueden ser hoy defectuosas; de consiguiente, deben ser revisadas y corregidas con arreglo á los adelantos de los tiempos modernos. De otra suerte, habría que decir que la ciencia teológica era inmutable y que no progresaba, lo que es absurdo aplicado á toda ciencia, porque todas ellas, en cuanto lo son, están sujetas á un progreso inevitable, y si no lo estuvieran, serían conjuntos de ideas muertas, inútiles para otro tiempo que aquel en que se produjeron.

«El racionalismo puro, dice un pastor muy ilustrado, está fuera del cristianismo; pero por erróneo que sea, encierra elementos de verdad que sería injusto desconocer y rechazar.» Así lo creemos nosotros; el catolicismo mismo los encierra, y sería injusto negárselos al racionalismo.

Que las ideas teológicas muden; que las fórmulas de apreciación cambien; que la envoltura desaparezca para ser reemplazada por otra, ¿qué importa? ¿No tenemos siempre á Jesucristo Hijo eterno de Dios como centro de este movimiento? ¿No sabemos que lo que salva tan solo es la fe en Jesús? Creyendo esto, bien puede el mundo deshacerse en torno nuestro, que nosotros permanecemos inmóviles sobre esa roca de los siglos que ni los tiempos mudan, ni las circunstancias cambian.

## JUAN DE WICLEF.

Si de la Reforma pudiera decirse que su autor fué un hombre, este hombre sería Wiclef. Ciertamente es que antes que este cristiano viniera al mundo ya habían protestado contra los abusos de Roma, entre otros, el español Cláudio de Turin, que en el siglo IX atacó con fuerza el culto de las imágenes y los abusos de la autoridad eclesiástica; Pedro de Bruys, el apóstol del Delfinado que murió mártir de su fe en 1147; Pedro Valdo, el celoso misionero que tantas almas llevó á Cristo, y tan gloriosa herencia legó á los habitantes de los valles piamonteses; pero más que todos ellos trabajó por la Reforma Juan de Wiclef, porque concibió y realizó el proyecto de traducir la Biblia en lengua vulgar, y con sus predicaciones y su vida cristiana la hizo amar.

Wiclef nació en Inglaterra el año 1324. A una gran elocuencia unía un profundo conocimiento de las Escri-

turas. En sus predicaciones atacaba con fuerza las costumbres disolutas de los eclesiásticos, y nunca olvidaba recomendarles la pobreza y las virtudes cristianas.

Espantado del poder sin límites de los Papas y de las falsas nociones generalmente admitidas acerca de la Iglesia, se expresa así: «Cuando los hombres hablan de la santa Iglesia, entienden por esto los prelados, los presbíteros, los frailes y todos aquellos que llevan tonsura, por más criminal que sea su vida; sin embargo, aquellos que son salvos son solo miembros de la santa Iglesia; y por el contrario, muchos que así son llamados son sus enemigos y miembros de la sinagoga de Satanás. Nuestros prelados escriben nuevos artículos de doctrina; no basta ya creer en Jesucristo, es necesario creer además que el obispo de Roma es el jefe de la santa Iglesia. Pero ningún apóstol ha obligado á los hombres á que crean semejante cosa, por más que estuvieran seguros de su salvación. ¿Cómo, pues, un miserable pecador puede obligar al mundo á que crea que él es el jefe de la Iglesia, cuando ni aun seguro está de su propia salvación? Cuando el obispo de Roma atrae sobre su cabeza la condenación á causa de sus pecados, es un demonio del infierno el que presenta á la adoración de los hombres como jefe de la santa Iglesia. Dicen que es cuestión de fe, que todo lo que el Papa ordena ó decide está ordenado ó decidido por Jesucristo; pero nunca suscitó el diablo herejía más peligrosa.»

«Que absurdo, dice en otro lugar, es creer que un simple mortal, un hijo de perdición, un simoníaco, un avaro, un embustero, un fornicador peor que el diablo, pretenda atar y desatar en los cielos y en la tierra.»

Además de su traducción de la Biblia, obra bastante grande para ocupar la vida entera de un hombre, Wiclef compuso diferentes libros, todos encaminados á purificar el Evangelio de las alteraciones de Roma, y predicaba sin cesar.

Los obispos consiguieron presentar en la Cámara de los Lores un *bill* para que se persiguiera la traducción de la Biblia, hecha por Wiclef, *bill* que fué desechado después de un vigoroso discurso pronunciado en favor de las Santas Escrituras, por Juan de Gante, duque de Lancaster.

Los trabajos quebrantaron la salud del ardiente propagador de la fe. Al verle tan gravemente enfermo, los obispos, delegaron á cuatro frailes en representación de cuatro órdenes religiosos, seguros de que arrancarian una retractación de aquel que tanto les había atacado mientras pudo manejar la pluma ó hacer uso de la palabra. El enfermo permaneció en silencio mientras que los frailes le dirigían exhortaciones. Pero de repente, incorporándose en su lecho y agotando las fuerzas que aún le quedaban, exclamó: «No moriré, no; viviré y declararé de nuevo las malvadas acciones de los frailes.»

Wiclef murió en el año 1384. Las doctrinas evangélicas que predicó, se propagaron por varios países, y entre otros llegaron á Bohemia, y en ellas se inspiraron los ilustres mártires Juan Huss y Jerónimo de Draga.

También hicieron sus prosélitos en España, prosélitos que los inquisidores de Aragón y Valencia condenaron á la hoguera allá por los años de 1444.

## CRISTO AMA AL QUE SUFRE.

Negro del sol que le quema,  
Apesadumbrado y mudo,  
Está un viejo á martillazos  
Rompiendo peñascos duros.  
Está flaco, y no es extraño,  
Come poco y suda mucho;  
La vida para él no tiene  
Más que trabajos y apuros;  
A veces se para y dice  
Con acento gemibundo:  
*Madre mia, madre mia,*  
*¿Para esto me echaste al mundo?*

Dando gritos por las calles

Vá un niño medio desnudo;  
Ni tiene casa ni hogar,  
Ni un poco de pan negruzco.  
Duerme en un portal ó al raso  
Lo mismo en el mes de Julio  
Que cuando es helado invierno,  
Y al verse tan pobre clama  
El infeliz á menudo:  
*Madre mia, madre mia,*  
*¿Para esto me echaste al mundo?*

Por ahí vá la pobre viuda  
Que no tiene otro refugio  
Ni otro amparo en esta tierra  
Que la caridad del público.  
Siete hijos pequeñuelos  
Son cuanto tiene de suyo,  
Y las lágrimas que vierte  
Y los sarcasmos de muchos.  
Así es que solloza y dice  
La pobre á cada minuto:  
*Madre mia, madre mia,*  
*¿Para esto me echaste al mundo?*

En la casa está la madre  
Vestida de negro luto  
El alma, porque el esposo  
No la trata como es justo;  
La guerra tenía allí siempre;  
Amasado con disgustos  
Está el pan que allí se come;  
De paz no hay allí un segundo,  
La pobre madre solloza  
Y dice entre ayes profundos:  
*Madre mia, madre mia,*  
*¿Para esto me echaste al mundo?*

Pero á las puertas del cielo  
Hay un ángel bello y rubio  
Que dice á los desgraciados  
Y á los que han sufrido mucho:  
«Ese llanto es una prueba,  
Ese dolor es un culto,  
La pena es una oración  
Y el ruego es un infortunio;  
Abrid los brazos á Cristo  
Que es vuestro asilo seguro,  
Y decid: ¡Madre bendita  
Por haberme echado al mundo!

## ¡MARCHA, ESCLAVO, MARCHA! (1)

Había feria en Pego y yo ocupaba un asiento de rotunda en la diligencia que vá desde Gandía á dicho punto. La magnífica huerta de Gandía con sus naranjos y sus moreras, con sus campos sembrados de arroz, y sus bellas montañas que se destacan del más puro de los cielos, ostentaba sus encantos ante la mirada de los viajeros. La feria aumentaba el número de estos. El camino estaba lleno de carros que, cargados de enseres, se dirigían á Pego. Nuestra diligencia había dejado atrás un gran número de vehículos, cuando vimos un carro bastante grande del que á duras penas tiraban dos hombres robustos.

La diligencia se detuvo un momento al pié de una larga y empinada cuesta, y los dos hombres de quienes hablo concibieron la idea de atar una de las cuerdas de su carro á un hierro de la diligencia para que esta lo arrastrara. Apenas fué concebido el proyecto fué puesto en práctica, por supuesto sin que el mayoral se apercibiera de la operación. Nosotros, compadecidos de aquellos infelices, no digimos ni una sola palabra; la diligencia se puso en movimiento, y el carro, que iba cargado de muebles, empezó á seguirla.

(1) La idea de este artículo está tomada de la *Iglesia Libre*. Hemos puesto la escena en España para evitar los nombres extranjeros. (La Red.)



Los dos hombres reían y aplaudían su feliz idea. Todo marchaba á las mil maravillas; pero llega la diligencia á la cumbre desde donde se extendía una inmensa llanura; el mayoral, queriendo ganar el tiempo perdido en la subida, sacude su látigo, grita á sus caballos que emprenden un rápido galope, y los dos desgraciados que no habían tenido tiempo para desatar la cuerda, se vieron obligados á emprender un galope igual al de los caballos. Todos nos reíamos en un principio de aquel inesperado cambio de paso; pero nuestras risas cesaron cuando vimos á uno de ellos que se detuvo de pronto y se echó sobre el polvo del camino. El otro sujetaba con sus manos el carro que daba saltos espantosos, y corría, corría sin tregua ni descanso. El sudor surcaba por su frente, y sus ojos se injectaban de sangre. «¡Corre, hijo mío, corre, parecía como que le gritaba la diligencia que de asociado benévolo se había convertido en dueño sin entrañas!» «Tú has querido por evitarte un poco de trabajo seguir un camino torcido, tú sopor-tarás las consecuencias.» «¡Marcha, esclavo, marcha!»

Todos estábamos alarmados. El mayoral que ignoraba cuanto ocurría animaba con la voz y con el látigo á los caballos que cada vez corrían con más velocidad, y el desgraciado conductor del carro se veía obligado á dar saltos prodigiosos. Un viajero abrió una larga navaja y se dispuso á cortar la cuerda, pero el otro hizo un gesto negativo dando á entender que aún le quedaban fuerzas. ¿Era aquello una apuesta?

De pronto el rostro de aquel hombre tomó un color que nos espantó; su mirada cambió y una expresión de dolor intenso cruzó por su semblante. Las fuerzas le abandonaban. Inmediatamente la afilada hoja de la navaja cortó la cuerda; ya era tiempo, un momento más y aquel desgraciado hubiera muerto.

Imagen sorprendente del hombre dominado por una pasión. Esta se presenta en un principio bajo una forma seductora; el pecador la acoge sin desconfianza; mas tarde ó temprano conoce que el fino hilo de oro se ha convertido en pesada cadena de hierro.

Su tirano es implacable y nunca deja de gritarle sin tregua ni descanso: ¡Marcha, esclavo, marcha!

¡Tú que odias, marcha; tú has odiado y seguirás odiando!

¡Marcha, borracho, marcha; tú has bebido, tú seguirás bebiendo!

¡Marcha, jugador, marcha; tú has jugado, tú seguirás jugando!

¡Marcha, murmurador, marcha; tú has murmurado, tú seguirás murmurando!

¡Marcha, embustero, marcha; tú has mentido, tú seguirás mintiendo!

¡Marcha, pecador, marcha; tú te has manchado, tú te seguirás manchando!

¡Marcha, esclavo, marcha hasta la muerte!

Todo aquel que hace pecado, es siervo del pecado ha dicho Jesucristo. (Juan, viii, 34.)

Esfuerzos, lágrimas, gemidos, suspiros, nada es bastante para deshacer los lazos que ha anudado el consentimiento del corazón. Bienaventurado es, sin embargo, aquel que se despierta y conoce que sirve á un dueño sin corazón; bienaventurado, porque entonces pide socorro.

¿Y quién podrá socorrerlo?

Uno solo: el Hijo eterno de Dios. Él ha venido á decirnos que Dios nos ama tal y como somos, pobres criaturas que sucumben bajo el peso del pecado. «Mirad hacia mí, y sed salvos.» «En ninguno otro hay salvación.» (Isaías, xlv, 22. Hechos, iv, 42.)

«Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.» (Juan, viii, 36.)

## EL HERRERO DE RAGENBACH.

Hace más de veinte años que un número crecido de personas se hallaban reunidas en la sala de una posada de Ragenbach, en Alemania. De pronto apareció en la puerta un enorme perro de un aspecto feroz y terrible. Tan luego como le vió el herrero del pueblo palideció y dijo: ¡ay de mí, este perro está rabiando! Las mujeres empezaron á gritar y la mayor confusión reinó entre todos los que estaban presentes. No había más puerta

que la en que se encontraba el perro y no se podía salir por ella sin ser mordido por el terrible animal.

«Amigos míos, gritó el herrero, retiraos todos hasta que yo haya sujetado al perro y entonces podéis salir. Perezca yo y que se salven todos.» Y diciendo esto se arrojó sobre el perro y lo derribó al suelo, pero no sin que se entablara entre ambos una lucha horrorosa. El perro mordía al herrero; mas no por eso soltaba este su presa. Insensible al dolor que le causaban las mordeduras y á la muerte cruel que le esperaba, sujetó al animal hasta que todos sus amigos se pusieron en salvo. Entonces y solo entonces arrojó al perro contra la pared y se retiró á su casa.

Los amigos acudieron todos á estrechar su mano y todos derramaban lágrimas compadecidos de su mísera suerte.

«Calmaos, amigos míos, decía el herrero, no floreis por mí. Cuando muera recordadme con cariño; ahora, orad á Dios por mí y pedidle que me permita morir sin sufrir demasiado. Estoy seguro de que voy á morir rabiando; pero yo cuidaré de no haceros daño.»

Dicho esto entró en su taller, escogió una pesada cadena que él mismo lió á su cintura y fijó fuertemente la otra punta en la pared. Cuando hubo terminado esta operación, dijo á sus amigos: «Todo queda ya arreglado; toda mi confianza la pongo ahora en mi Salvador.»

¡Nadie podía salvar al buen herrero! El veneno empezó á circular por sus venas y al cabo de algunos días murió. ¡Qué heroicidad! ¡Consentir en dar su vida por sus amigos!

Un ejemplo de abnegación existe mayor que este que acabamos de mencionar. Acordaos de Cristo que murió por salvar á los pecadores. El herrero murió por sus amigos, Jesús por sus enemigos. Él marchó con paso firme hacia la cruz para que viviésemos vida eterna. Los que creen en Jesús tienen la vida; los que en Él no creen no tienen la vida.

¡Lector! ¿quieres hacer estéril para tu alma con tu incredulidad el sacrificio de Cristo? ¿No vale más para ti que creas y seas salvo?

## VARIOS MODOS DE HACER EL BIEN.

Si á una persona le estuviese permitido desembarcar por corto tiempo en una isla del gran Océano, cuyas orillas estuviesen sembradas de perlas, diamantes y otras piedras preciosas, ¿no se afanaría por apoderarse de todas cuantas pudiera?

Todos nosotros podemos atesorar piedras de más valor. El más poderoso de los reyes tiene que abandonar sus alhajas á la muerte; pero existen alhajas de otra especie que podemos poseer para siempre. ¿Cuáles son? Las obras que tienen por móvil el amor de Dios.

Hay varios modos de poder ser útiles á nuestros semejantes, varios modos de practicar el bien:

1.º Con nuestro ejemplo. ¿De qué sirve decir á los demás lo que es bueno, si nosotros hacemos lo malo? Debemos procurar, con la ayuda del Espíritu Santo, dar buen ejemplo en todas las cosas. Los hombres de malas costumbres se verían así llevados á reflexionar acerca de su conducta y á abandonar lo que es malo.

2.º Con nuestras conversaciones. Una buena palabra pronunciada á tiempo, ¡cuán buena es! Cuando nuestros conocidos ó amigos dicen lo que no deben decir ó hacen lo que no deben hacer, nuestra obligación es aconsejarles que no vuelvan á repetir sus palabras ó obras malas. Donde quiera que encontremos al pobre ó al afligido, hablemosle palabras consoladoras. Al ignorante de las cosas celestiales, hablemosle del verdadero Dios y del único camino de salvación por medio de Jesucristo.

3.º Con nuestros esfuerzos. Son muchas las cosas que podemos hacer en beneficio de los otros. Se puede guiar al ciego, ayudar al débil, visitar al enfermo, socorrer al pobre, á la viuda y al huérfano.

4.º Con nuestras oraciones. Millones de seres existen á quienes no conocemos ni veremos nunca; pero á quien podemos hacer bien por medio de nuestras oraciones. Debemos orar á Dios para que bendiga á nues-

tros amigos y enemigos, á nuestros compatriotas y al mundo entero.

Hagamos todo el bien que podamos, en todas las ocasiones, á todos los hombres. Mas no lo hagamos por obtener el aplauso del mundo, ni para ganar el cielo, que el cielo no se gana por medio de las buenas obras. Nosotros somos salvos únicamente por la gracia de Dios, por medio de nuestra fé en Jesucristo.

## MAXIMAS ÚTILES.

¿Amas la vida? Pues no malgastes el tiempo que es la materia de que se compone la vida.

—Quien duerme mas de lo necesario olvida que la zorra dormilona no coje gallinas.

—Si el tiempo es de todas las cosas la más preciosa, malgastarlo es una extravagancia.

—El tiempo perdido no se halla otra vez.

—La pereza hace difíciles todas las cosas; la diligencia, por el contrario, todo lo encuentra fácil.

—Trabaja mientras dura el día de hoy que nadie sabe si podrás trabajar mañana.

—El que tarde se levanta anda mucho y nunca llega á tiempo, y lo que es peor, la noche le sorprenderá en sus ocupaciones.

—No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy.

—¿No es vergonzoso que duermas cuando tantos velan por tí, por tu familia y por tu patria?

—Verdad es que hay mucho que hacer y quizá tus manos son débiles; mas persevera y tocarás grandes resultados: una gota de agua que cae constantemente horada una peña, y débiles golpes derriban los grandes robles.

## VARIEDADES.

### ALFABETO.

(Conclusion.)

OBSTINADO.—Querer persuadir al obstinado, es lo propio que intentar hacer reír á un cadáver.

«Nihilò pluris refert, quam si ad sepulchrum mortuo dicas jocum.»

(PLATON.)

### PENSAR.

El que piensa en este mundo

Vive en continua batalla;

¡Dichosos los que no piensan

Y los que piensan cebada!

(JACINTO LABAILA.)

QUERER.—«Quod tibi non vis alteri ne faceris. Quod exosum est tibi proximo tuo ne feceris.» Lo que no quieras para tí no lo hagas á otro. Esta máxima se encuentra en muchos códigos religiosos, y en moralistas antiguos muy anteriores á la doctrina contenida en el Evangelio. El gran Confucio (Hist. sinica, lib. I.) se expresa en estos términos: *Alios diligamus, sicut nos ipsi diligimus.*

### REY.

Aquel que libre tiene

De engaño el corazón, y solo estima

Lo que á virtud conviene,

Y sobre cuanto precia

El vulgo incierto su intención sublima,

Y el miedo menosprecia,

Y sabe mejorarse,

Solo Señor merece y Rey llamarse.

(HERRERA EL DIVINO.)

SUPERSTICION.—Superstition is the spleen of the soul. La superstición es el esplen del alma.

(SPECTATOR.)

—Una vez que la superstición ha gangrenado el cerebro, la enfermedad es casi incurable.

(VOLTAIRE.)



Si dejais entrar en vuestra casa la supersticion, os perseguirá por todas partes, no os dejará tranquilo.

—«Las supersticiones tienen siempre cierto encanto, y aunque la razon las rechaza, las acoge la imaginacion.»  
(D'ARLENCOURT.)

—¡Odiosa supersticion! Con cualquier disfraz que te cubras, ídolo, santo, virgen, profeta, media luna ó cruz, cualquiera que sea el símbolo que quieras ofrecer á la adoracion del mundo, no eres más que un tesoro para el sacerdote y la ruina del resto de los hombres.  
(LORD BIRON.)

TEMOR.—Más fácil es dudar de las verdades fundamentales de la religion, que sacudir el yugo de los temores fantásticos que los objetos externos inspiran, y que una devocion pueril ha entremezclado con la creencia del catolicismo.

UNO.—*Ab uno discite omnes.* Esto quiere decir que todos los hombres son pecadores y están destituidos de la gloria de Dios.

## VIDA.

## LA VITA.

Il passato non è, ma se lo pinge  
La viva rimembranza:  
Il futuro non è, ma se lo finge  
L'indomita speranza.  
Il presente sol' è, ma in un baleno  
Cade del nulla in seno.  
Dunque la vita è appunto  
Una memoria, una speranza, un punto.  
(AUTORE INCERTO.)

## TRADUCCION.

El pasado no existe  
Mas lo recuerda la memoria triste;  
El porvenir tampoco  
Más la esperanza indómita lo sueña;  
El presente es verdad, mas brilla poco,  
Y cual rayo en la nada se despeña.  
Entonces ¿qué es la vida? ¿Qué se alcanza?  
¡Un soplo, una memoria, una esperanza!  
TEODORO GUERRERO.—1847.

ZONZO.—Lo mismo que tonto ó sordo.

«Pues dime, ¿quién metió acá aquel que tira á tonto, y ya sabes que en pareciéndolo lo son todos, y aun la mitad de los que no lo parecen? Advierte que no lo es, sino que sabe hacerlo, así como aquel otro que hace los *concos*, que no hay peor desentendido que el que no quiere entender.» (GRACIAN. *Crit.* pág. 357, col. 2.)

A. MARTINEZ DEL ROMERO.

## REMITIDOS.

Señor Don A. C.

Mi querido amigo y hermano en Cristo: Tengo la satisfaccion, al par que cumplo con un deber, de manifestarle el estado de la obra cristiana en Cartagena.

Desde mi última relacion al presente, esta Iglesia ha venido siendo el objeto de una proteccion visible de su Divino fundador, Cristo Jesús. Nuestro reconocimiento, pues, y nuestra alegría admiten su razon de ser. Si el hombre desde que nace contrae la obligacion de amar y defender su patria, y si sus más caras afecciones las encierra en la familia, en los encantos del hogar doméstico, ¿no contraemos las mismas obligaciones y no deberemos amar nuestra Iglesia, siendo nuestra patria religiosa y nuestra familia espiritual? La Iglesia nos proporciona el pan de vida que nutre y fortifica nuestras almas, ella nos señala el fin de nuestra carrera, y aun en la tierra nos deja entrever nuestra patria comun, el cielo; nuestra cara familia, los bienaventurados. Así es que todo lo que concierne á la Iglesia, debe ser para nosotros del más vivo interés.

La confesion de fé adoptada por la Iglesia cristiana española en su Asamblea general de Abril del presente año, ha sido el tema de mis predicaciones hasta el pre-

sente mes. El espíritu cristiano de los congregantes me hizo ver que la hora de constituir la Iglesia bíblicamente habia llegado. Efectivamente, el día 2 del presente mes se citó á todos los congregantes, y despues de implorar los auxilios de la Divina gracia, leí la confesion de fé, que fué aceptada por unanimidad. Enseguida se pasó á la eleccion del cuerpo directivo de la Iglesia, y la congregacion en votacion verbal eligió tres ancianos y tres diáconos. Yo veo en este acontecimiento un gran porvenir para nuestra Iglesia; nuestros trabajos serán más sólidos; nos hemos dividido el campo, y pastor, ancianos, diáconos y grey, yo espero que todos seremos apóstoles, y todos trabajaremos apoyados en Cristo en el adelantamiento de su reino. Antes de separarnos, la Iglesia dió un voto de gracias á los cristianos extranjeros por el celo y abnegacion con que emplean sus esfuerzos, proporcionando sus recursos para que el Evangelio sea propagado en nuestra patria: mas tiempo es ya que nuestras simpatías por la obra cristiana nos hicieran comprender el deber de secundar los sacrificios de nuestros hermanos, y así ha sido. Esta Iglesia ha levantado una suscripcion mensual que asciende á unos 300 reales, y todos, sin esceptuar uno, contribuyen con su óbolo para el sosten de la obra.

Las escuelas han adquirido un desarrollo especial: el número de niños asciende ya á 120, y 36 niñas, que forman un total de 156, cuya cifra diariamente se puede decir aumenta; sus progresos científicos y religiosos nada dejan que desear. Muy en breve algunos podrán cursar segunda enseñanza. Ya hace tiempo me preocupa la idea de formar un colegio de segunda enseñanza, y Dios mediante, espero llegará un día en que puedan realizarse mis deseos; me ocupo en la actualidad en este proyecto, y abrigo fundadas esperanzas que será un hecho. Las escuelas, no hay duda, son el semillero virgen, llamado á dar los más ópimos frutos á la causa del Evangelio. En Cartagena y aun fuera de la poblacion, principia ya á palpase la influencia de la moral cristiana. Dias pasados un caballero que habita en el cercano pueblo (Herrerías) me trajo un hijo de once años, para que habitase en mi compañía y me encargase de su educacion é instruccion. Le manifesté cuál era nuestra doctrina, y el padre me contestó que estaba identificado con ella, y que por lo mismo que conocia su sublimidad y pureza, me confiaba su niño. Le he admitido, y estoy dispuesto á recibir en mi compañía todos cuantos se presenten, pues si logro crear el colegio, una de sus condiciones será admitir internos. Sembramos con fé, pero sin olvidar *que ni el que planta, ni el que riega es algo, sino Dios que dá el crecimiento*. Él recogerá el fruto á su tiempo.

Tambien tengo la satisfaccion de anunciarle las visitas que ha tenido esta Iglesia de los pastores Monsieur Krieger, presidente del Consistorio en Oran: sólo tuvo tiempo para examinar las escuelas, pues pasó horas en Cartagena; más á su vuelta de Strasburgo me prometió visitarnos más detenidamente. El pastor americano Mr. Luther Halsey Gulick, tuvimos el gusto de tenerle cuatro dias, y un domingo por la tarde predicó en inglés á los extranjeros aquí residentes; espero no será la última visita, pues su predicacion dejó muy gratos recuerdos entre sus compatriotas. Dejó un donativo de 500 rs. con el objeto de ensanchar la escuela de niños, cuya importante reforma ya se ha llevado á cabo. Y por último, el pastor y escritor Mr. Walter H. Bidwel, hemos tenido el gusto de estrechar su mano, manifestando un vivo interés por esta Iglesia.

Es cuanto de particular puedo manifestarle: que el Señor derrame sobre nosotros su Divino Espíritu, y nos conceda la gracia de ser fieles á nuestro ministerio, *sólicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*.

Le saluda cordialmente su amigo y hermano en Cristo,

FELIPE OREJON.

Cartagena 7 Setiembre 1872.

Con mucho gusto publicamos las siguientes cartas, una de ellas escrita por D. Angel Digon, jóven apreciable que ha conocido el Evangelio en Madrid y que durante algun tiempo ha estudiado con varios amigos de la obra. Ultimamente tomaba lecciones de teología con

D. Juan Jameson y ha sido enviado á provincias bajo los auspicios de la Sociedad Bíblica Escocesa:

PLASENCIA 4 DE SETIEMBRE DE 1872.

Sr. D. Juan Jameson.

Muy señor mio y de mi mayor aprecio: Acabamos de llegar á esta de regreso de nuestra expedicion por los pueblos Monte-hermoso, Pozuelo, Hernan-Perez, Villanueva, Villa de Campo y el Guijito; la venta ha sido poca, pues como han visto los amigos Digon y Campañon, no hemos llegado á casa que no hallamos encontrado Biblias, Testamentos, Evangelios, tratados, etc. Como Vd. comprende, llevo cerca de año y medio trabajando sin descanso por este terreno, por manera que no debemos extrañar la poca venta.

En Monte-hermoso nos proporcionaron los amigos un pequeño local (gratuito); por el día visitamos varias casas del pueblo, deteniéndonos un buen rato en cada una de ellas leyendo y explicando algunas verdades del Evangelio, y convidando á estas familias para si querian honrarnos con su presencia á la reunion que tendria lugar en casa de J. á las ocho de la noche. De esta manera pasamos el día hasta que llegó la hora anunciada para la reunion. Acompañados de varios amigos, nos encaminamos hácia el sitio señalado, encontrándonos con toda la calle poblada de gente, que no podian penetrar en la casa porque estaba completamente llena; viendo esto, decidimos ponernos á la puerta de la casa y desde allí dirigirles la palabra: así lo hicimos, pero ocurrió lo que era de esperar; dos ó tres agentes del cura, viendo que el pueblo escuchaba y acogía con gusto nuestras palabras, ó sea el Evangelio de Cristo, indignados y soberbios comenzaron á gritar: ¡Mentira, mentira, no le creais! etc. Por un momento hubo algun desórden y alboroto, porque á estos gritos producidos solamente por dos ó tres personas, la mayoría contestó toda unánime: ¡Fuera los neos! etc. Todo se calmó de nuevo, y con el mayor órden y silencio seguimos hasta concluir nuestro argumento. Despues de concluido este acto, un número considerable de personas se acercaban á nosotros alargándonos su mano y ofreciéndonos sus casas y personas, acompañándonos tambien varios de los concurrentes hasta dejarnos en la posada.

PLASENCIA 5 DE SETIEMBRE DE 1872.

Sr. D. Juan Jameson.

Muy señor mio y hermano en Cristo: Por la de Morales habrá Vd. sabido nuestro regreso ayer de la expedicion hecha por los pueblos limítrofes de esta ciudad en los nueve dias desde el 27 del pasado Agosto hasta ayer.

Todo lo que pudiera decirle con respecto á la acogida del Evangelio por estos pueblos, sería pálido ante la realidad. Sin embargo de lo que Morales le haya dicho de nuestra evangelizacion, todavía me queda por contarle más. Aparte de la buena acogida que hemos tenido, particularmente en los pueblos de Monte-hermoso, Pozuelo y Villanueva, debo decirle que hasta nuestros adversarios nos miraban con respeto. En Monte-hermoso tuvimos una reunion que, por la mucha afluencia de gente, tuvimos que hacerla en la calle. Durante la predicacion guardaban un respetuoso silencio, á no ser por varios hombres pagados exprofeso por el cura, que vinieron á armar un escándalo diciendo que nuestras doctrinas eran una farsa y un mentira, á lo cual contestaron los que estaban reunidos con un «fuera los neos», promoviendo por un rato un tumulto; pero gracias á varios amigos, y por medio de nuestras palabras, pudimos calmar algun tanto los ánimos de los más ardientes defensores del Evangelio. Despues de la predicacion se llenó de personas la casa donde habíamos entrado á descansar, todos felicitándonos y estrechándonos la mano, deseando que nos quedáramos en el pueblo, porque en él no había ni se conocía lo que era religion, mucho menos la de Jesucristo; pero nosotros les persuadimos de que éramos misioneros, y nuestra mision era llevar la luz del Evangelio á todos los pueblos; más tarde quizá nos detendríamos unos dias para edificarles en la fé que habian recibido; pero que no por esto dejaran de pedir á Dios les aumente la fé cada día y les dé fuerzas para seguir verdaderamente á Jesucristo, cuya senda es muy escabrosa.



Después al siguiente día nos dirigimos á Pozuelo, pueblo muy libre, en donde nos recibieron también con frenesí. En seguida visitamos á algunas de las personas que ya profesaban el Evangelio y les manifestamos nuestro objeto. Celebramos nuestras reuniones, pero familiarmente, porque queríamos evitar se reprodujese lo de Monte-hermoso, á las cuales asistieron bastantes personas.

Sería demasiado largo si consignase aquí todo lo que nos ha pasado en nuestra misión. Solo le diré que de los seis pueblos que hemos recorrido, la mayoría de sus habitantes son evangélicos. En todos ellos hemos tenido reuniones, pero de familia ó particularmente, y no hemos encontrado ninguna oposición mas que en Monte-hermoso, lo que anteriormente le dejo dicho.

De la venta de libros no puedo decir nada. Todos los pueblos están llenos de Testamentos y Evangelios. En todas las casas que he visitado, lo primero que he visto en las mesas son nuestros libros, el Evangelio ó la Biblia. En Fernán-Núñez se vendieron algunos, porque no había abundancia de ellos; pero lo que más me choca en estos habitantes es su afición á leer los Evangelios; puedo decir que son nobles como los habitantes de Berea, según San Pablo, porque día y noche escudriñan las Escrituras; por eso no es extraño que la semilla sea aquí fructuosa, porque siempre acuden al manantial donde reciben el jugo para que la semilla crezca; así es que el Evangelio aquí en su tiempo ha de dar buenos resultados, y de estos pueblos han de salir verdaderos creyentes que han de formar la verdadera Iglesia de Cristo en España.

Por lo demás, puedo decir que Dios nos ha ayudado, pues á pesar de las penalidades y fatigas del camino, hemos tenido fuerzas para correr á todas partes anunciando el Evangelio sin descansar siquiera. Los caminos aquí son muy escabrosos; no hay carreteras, y hemos tenido que hacer el viaje en mulas y borricos, trepando montañas y atravesando sierras; pero gracias á Dios, sin que nos haya sucedido nada.

Por ahora pensamos permanecer en esta unos días. Morales saldrá mañana para la feria de Coria, á la que no le acompañamos por celebrarse aquella en despoblado y no en la ciudad como ha venido haciéndose en años anteriores, y también por no tener bastantes recursos para subvenir un viaje tan largo y algo costoso por razón de la feria; así, pues, esperamos la vuelta de Morales para emprender una nueva misión hasta Cáceres, en donde esperamos tan buen éxito como el que hasta aquí hemos obtenido en los pueblos indicados, para cuyo tiempo confiamos en que Vd. nos habrá remitido los fondos necesarios para el viaje si es que usted aprueba nuestros propósitos.

## NOTICIAS VARIAS.

Hace algunos días que encontramos en *El Imparcial* la siguiente noticia:

Dice el *Comercio* de Cádiz de ayer:

«Parece que anoche se cerró intempestivamente la capilla evangélica de la calle de Bilbao, á consecuencia de una acalorada reyerta entre los reverendos Ben-Oiel y Escudero.»

Bien informados, podemos asegurar á nuestros lectores que no se ha cerrado la capilla evangélica de la calle de Bilbao; más aun, pudiera ser que se abriera otra nueva capilla, pues muchas personas que en las diferencias habidas entre los señores Ben-Oiel y Escudero se han puesto de parte de éste, se han constituido en junta y piensan formar una nueva iglesia evangélica. Y como según cartas que tenemos á la vista el número de esas personas asciende á 1.300 en la actualidad, puede afirmarse que por escasos que sean los esfuerzos que hagan, serán bastante para sufragar los gastos que esta nueva obra ocasione. El número que hemos apuntado muestra que no han sido infructuosos los trabajos hechos en Cádiz en pro del Evangelio, pues además de los fieles que miembros de las dos iglesias existen hoy en dicha ciudad, aun hay 1.300 más que sienten por lo menos simpatías hacia el Evangelio.

Ahora bien; si esa nueva iglesia se forma para vivir en paz y armonía con los cristianos de Cádiz, mucho nos alegraremos que tal suceda; pero si por el contra-

rio esto ha de aumentar las divisiones y los disgustos, vale más que las cosas sigan en el estado en que hoy se encuentran.

El día 4 del presente mes ha contraído matrimonio con una viuda norte-americana llamada Emilia Jane Butterfield, el célebre padre Jacinto. Ahora sí que podemos decir: *Alea jacta est.*

Dicen de Dublin que varias órdenes religiosas de Irlanda se preparan á recibir los miembros de sus órdenes respectivas expulsados de Alemania.

¡No faltaba más que esto á la pobre Irlanda!

Las obligaciones del católico según los periódicos carlistas, son estas:

1.<sup>a</sup> Proveerse de un fusil. Los fusiles se hacen tan indispensables como el pan de cada día.—*La Reconquista.*

2.<sup>a</sup> El que tenga fusil que no lo pierda, y el que no lo tenga, que lo busque; que se entiendan los que oyen misa, porque ese es el ejército de Dios, y... Dios no ha de bajar hasta que tenga reunido su ejército.—*La Regeneración.*

3.<sup>a</sup> Con el rosario solo no cumpliremos nuestra obligación. Sin el fusil sería una caña. Orad y pelead, que contra la revolución que amenaza destruirnos, la única razón es el hierro bautizado.—*La Verdad.*

Están en carácter esos buenos católicos romanos. Los que prepararon la célebre jornada de San Bartolomé con la aprobación del Pontífice romano, son capaces de todo.

El comercio de Jaén ha acordado no abrir las tiendas los domingos y días festivos.

Eso de no trabajar los días festivos nos parece una tontería que perjudicará seguramente al comercio; pero aprobamos la cesación del trabajo el domingo, porque además del mandamiento de Dios que así lo ordena, la opinión de muchos pensadores, aun de los más incrédulos, es que todo trabajador debe tener un día de descanso en la semana.

Muchos celebraríamos que en todas las ciudades de España se acordara por los interesados la suspensión del trabajo en el día del Señor.

El miércoles 11 del presente mes, á las diez de la mañana, se reunió en la capilla de la Madera Baja el Consistorio de la Iglesia cristiana española, compuesto de los Sres. Carrasco, Ruet, Moore y Astray. El pastor de Granada, Sr. Alhama, escusó por carta su falta de asistencia. El Consistorio se ocupó de los intereses de la Iglesia encomendada á su cuidado.

El obispo de Jaén ha declarado suspensos de confesar y predicar á todos y cada uno de los sacerdotes que juraron la Constitución del 69. Este acto *deshonra á todo el clero*, y los que le han llevado á cabo son unos miserables. (1)

Entre los miserables se encuentra el obispo de Almería, que en nada se ha separado de la Iglesia de Roma, si se exceptúa el hecho de haber jurado la Constitución. De modo que para no ser un miserable no basta con creer los dogmas de Roma; es necesario ser un absolutista en política.

¡Pueblo, abre los ojos!

El pastor de la iglesia de Barcelona, Sr. Empeytaz, escribe que el día 15 del pasado Agosto dedicaron al Señor una cama destinada á los miembros de la iglesia

que faltos de recursos tuvieran la desgracia de caer enfermos. Como en el hospital general no son admitidos los protestantes y se ven estos, caso de tener que recurrir á este establecimiento, en la alternativa de carecer de socorros ó de negar sus creencias, nuestro amigo de Barcelona ha realizado el proyecto que hemos mencionado, y que bien puede ser el primer paso hacia la creación de una enfermería general protestante en la capital del Principado.

Aplaudimos la idea.

El domingo 25 de Agosto tuvo lugar la celebración del primer aniversario de la Sociedad cristiana de socorros mútuos titulada *La Evangélica*. Comenzada la reunión por medio de una sentida oración, el Secretario leyó las cuentas presentadas por el Tesorero de la Sociedad. De ellas resultaba, según pudimos entender, que lo recaudado durante el año transcurrido, había ascendido á la suma de 1.770, y lo gastado en socorros y útiles para la Sociedad, á la de 4.228; resultando un sobrante de 550 rs. Hizose después otra oración visto que ningún individuo de la Sociedad tenía nada que objetar á las cuentas presentadas, ni hablar en ningún sentido, y en seguida se dió conocimiento de los trabajos que durante el año había realizado la Sociedad. Manifestóse á continuación que el que quisiera ingresar en la Sociedad, á partir del 1.<sup>o</sup> de Enero del año que ha de venir, pagaría la cantidad de 8 rs. en vez de 4 que ahora se paga, y que á la vez también se aumentan los socorros que hoy dá la Sociedad á los enfermos y á los convalecientes. Pasada á elegir la Junta directiva, lo fueron los señores siguientes:

Presidente.—D. José Gil Rodríguez.

Vice-presidente.—D. Fermín López.

Tesorero.—D. J. González Peña.

Contador.—D. Eugenio Fernández.

Secretario 1.<sup>o</sup>—D. Silverio Gil.

Idem 2.<sup>o</sup>—D. Carlos Yuste y Negrete.

Vocal suplente.—D. Fausto de Haza.

Dice un periódico de Valencia:

«Ayer mañana, la venta de libros y Biblias protestantes dió lugar á un desagradable incidente: un caballero compró una Biblia, y después de deshojarla la quemó á la puerta de la iglesia catedral en presencia de bastantes personas que lo miraron indiferentes y guardando el mayor silencio; pero al inspector le pareció el acto inconveniente y ordenó que fuese conducido á la presencia del señor gobernador.»

Aprobamos la conducta del inspector de Valencia. No está permitido á nadie escarnecer con actos públicos una religión cualquiera establecida en España; hay artículos en el Código penal que castigan ese delito, y ya es tiempo, nos parece á nosotros, de que los señores romanistas aprendan que no son sus esclavos los que no profesan sus ideas. Y no se nos diga que cada cual es dueño de hacer lo que quiera con un libro que compra; ¿seríamos dueños los protestantes de coger una hostia consagrada y de pisotearla? Pues una Biblia para nosotros es un libro que contiene la Palabra de Dios, y la respetamos, por lo menos, tanto como los católicos la sagrada forma. Aprendamos, pues, á respetarnos unos á otros, y que la ley intervenga y castigue á los que se extralimitan.

## ADVERTENCIA.

### Nuevas condiciones.

LA LUZ se publica el 1.<sup>o</sup> y 15 de cada mes. El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Pérez, Corredera Baja de San Pablo, núm. 27.